

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

DE nuestras costas más o menos bravas, más o menos del sol, llegan noticias sobre la lluvia de clientela en hoteles de cuatro o cinco estrellas, cuando no en las lujosas villas privadas, al aire de la Semana Santa. Así leemos (y es sólo un ejemplo, apéndice a listas anteriores y amplias) la presencia de un ex ministro, un embajador, unos marqueses, un apellido de resonancias financieras, un jefe de protocolo de un Ministerio. Se incluye al hijo de una alta personalidad, por cierto que atribuyéndole como título único su circunstancia filial. Varios actores, un naviero, un multimillonario, otro ex ministro (ahora presidente de consejo de administración), y por fin, "entre la larga lista de VIP, el joven play boy Fulano de Tal", una manera de señalar equivalente a aquella del "conocido sportman", que hace años solía emplearse para aludir al que no era nada.

La información presenta un cariz optimista, presumido al puntuar este panorama como "turismo de gran calidad".

Todo lo que se comercializa tiende a una clasificación de calidades: el vino, las telas, la carne en casa del carnicero; y no hay por qué escandalizarse. Pienso, pues, en cuantos alguna vez que otra vamos a aquellas orillas de perdición o de descanso con talante que corresponde a boticarios de Teruel, catedráticos de Soria, comerciantes de Ponferrada. Es de suponer que se nos tenga, hablando en términos de mercado, por un turismo pasable, de calidad -digamos- "garantizada y resistente". Vale. Lo que ya no nos gustaría es que la escalada de los tiempos llegara a convertirnos en un "turismo de saldo".

LOS garbanzos arrancados durante el menguante tienen una cocción más gustosa como deben hacerse en igual fase de la luna las cortas de los árboles para que no se acoronjen, leonesismo que alude a la carcoma. Son preciosas noticias que uno aprende oyendo a labradores de ley. El auxilio, pues, lo debe prestar el

calendario, y en el caserío está el que se proclama a sí mismo como de mayor circulación, junto a la vera efigie de don Mariano Castillo y Ocsiero, peinado a raya. ¿Y qué más dice el Zaragozano, además de las lunas y el juicio universal meteorológico-astronómico? Porque, ¿se ha ocupado la crítica, convenientemente, de este "best seller" nacional?

El Zaragozano, por de pronto, es un calendario de adhesiones nada equívocas. Ya en su primera tabla mensual nos enseña que al 15 de enero, si consagrado a los santos Pablo, Mauro y Benito, corresponde en mayúsculas principales la Toma de Tarragona. De ahí en adelante no hay Toma que se le pase, Barcelona, Málaga, Teruel (ésta figura como Reconquista), Valencia, Albacete... También el Aniversario del Alto de los Leones, el Decreto de Unificación, el desembarco de las tropas nacionales en Algeciras... No menos atiende a lo cristiano, con témporas, velaciones, y el cómputo que abarca áureo, epacta, indicción romana y otros conceptos no sé si deteriorados por las nuevas normas eclesiales. Y en fin, esa clave luminosa de los anuncios. El Zaragozano, visitador de cocinas y cuartos de estar españoles, prolonga su patriotismo, ahora publicitariamente, animando a opositar para las fuerzas del orden. Y a quien no sienta esa vocación, le ofrece folleto gratuito -contra cupón, córtese por la línea de puntos- conducente a la mecánica de coches, a la maestría de albañil, al pintado de rótulos como Dios manda. (A las féminas, naturalmente, mucho bordado a máquina, que es menester recogido y honesto).

Desde la portada con don Mariano a la contracubierta con el capital y reservas de un Banco macizo, pasando por cuarenta apretadas páginas, el Zaragozano resulta catecismo ejemplar. Además, acaso en este año pueda ganar mercado, el de las cuatro provincias gallegas (y aún la quinta inventada por Torrente Ballester), donde "O gaitero de Lugo" declara no haber encontrado imprenta.

Falta encomiar, aún, su gesto de mantener como precio esa unidad monetaria tan redonda y española que es el duro. Cuando por un duro sólo puede comprarse algún franqueo (y pronto ya veremos); un puñado de pipas; una cajita de pastillas Juanola.

QUIENES andamos, mucho o poco, en el oficio de escribir, tenemos algo que aprender del escritor integral que se llama Camilo José Cela. Por ejemplo, y aparte el

valor de su obra -que damos por reconocido y confesado-: la laboriosidad con que se aplica a las cuartillas; y luego, el buen orden para evitar que ninguna vaya a perderse.

Teniendo en cuenta la notoria exigencia de calidad que nuestro escritor tiene consigo mismo, cabe suponer cuántos folios y folios habrán pasado desde las manos creadoras al montón de lo excluido sin apelación posible. Pero si un texto, quizá breve, incluso de motivación nimia ha alcanzado la firma y cuño de la paternidad responsable, es casi seguro que lo veremos engarzado en el corpus de la obra celiana. Las palabras de presentación de un artista, las respuestas a un entrevistador, el brindis en una ocasión amistosa suelen ser pronto capítulo sabroso en los Papeles de Son Armadáns, y puede que como mera antesala introductora a los honores del libro.

Cela es mucho Cela, y desde afuera es difícil sobrepasarlo. Nos atreveríamos a decir que su record sólo él mismo podía batirlo. Ahora lo acaba de hacer publicando un discurso, pero no un discurso que haya pronunciado... sino que pensaba pronunciar. Eso que ustedes saben, lo del Ateneo de Madrid. "Cousas" de Camilo.